

NOTAS Y DEBATES

ESCRIBIR LA HISTORIA ARGENTINA. EN TORNO A TRES ENFOQUES RECIENTES DEL PASADO NACIONAL

FERNANDO J. DEVOTO*

ESCRIBIR LA HISTORIA nacional ha sido una de las principales tareas de los historiadores desde la constitución de la disciplina como ámbito profesional. Más aún, la organización de una corporación académica y su éxito en expandirse en los sistemas educativos formales de las naciones euroatlánticas a partir del último tercio del siglo XIX, estuvo estrechamente ligada tanto a la construcción (o reconstrucción) de la memoria de una colectividad nacional que los nuevos instrumentos del método crítico debían permitir, como a la implantación (o develación) de ésta en el seno de sus integrantes. Esta operación se realizó en forma indirecta, mediante la formación de los enseñantes que deberían llevarla a cabo, o, más directamente, mediante la edición de obras de historia que en diversos formatos llevasen a un público vasto una imagen canónica del pasado nacional. Erudición y nación se fusionaban así sin contradicción aparente. Como señaló Pierre Norà, no era ya el historiador el que encarnaba la nación sino la nación la que se encarnaba en él.¹

Por cierto, probablemente algún observador incómodo se preguntara acerca de los conflictos que podrían surgir entre los valores de la verdad histórica y los intereses nacionales, tal cual los percibía la república de los historiadores profesionales. Y no faltó ya en aquellas décadas de fines del siglo XIX y principios del XX quienes, en forma voluntaria o involuntaria, echaran una sombra de sospecha

* Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani", Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y Centro de Estudios Históricos, Universidad de Mar del Plata.

¹ P. Norà, "L'histoire de France de Lavisser", en: idem, *Les Lieux de mémoire*, t. II. *La Nation*, París, Gallimard, 1986, pp. 317-375.

acerca de que erudición y método crítico coincidiesen con las necesidades nacionales.²

Sin problemas visibles de conciencia, la historiografía erudita francesa proveyó el modelo ejemplar de combinación de rigor crítico y pedagogía cívica que habría de servir de norte a historiadores de otras latitudes. No en vano fueron en la Argentina los historiadores de la nueva escuela histórica los que, en la línea de aquella perspectiva de ejercicio de la profesión, se empeñaron más sistemáticamente en formar profesores, formular planes educativos y difundir, desde obras extensas o manuales, esa imagen ahora única del pasado, establecida con las reglas del método y predicada desde ámbitos institucionales a los que las elites políticas y culturales estaban dispuestas a conceder el monopolio del saber legítimo. Mucho se ha señalado cuánto hicieron los revisionistas en los años sesenta para reorientar la imagen del pasado en un público amplio, pero no siempre se ha dicho en cambio cuánto más eficaz y perdurable en el tiempo había sido la tarea de los historiadores de la nueva escuela, aun cuando menos enfática (o precisamente por eso), en tanto proponía un saber institucional y consensual (del consenso de los estudiosos profesionales) sobre el pasado. Y es difícil negar que una lectura del pasado que se propone como única tiene un efecto mucho más consistente en la construcción de un imaginario histórico cotidiano que otra que, además de ser enunciada desde las orillas, aspira a presentarse como una interpretación polémica en contra de otra.

Los años posteriores a la primera guerra arruinaron en Europa las ilusiones de los eruditos de compatibilidad entre idealidad patriótica y verdad histórica. Fueron sobre todo los nuevos historiadores los que de manera más categórica abandonaron toda pretensión de combinar ejercicio profesional con pedagogía cívica. Ello suponía a la vez abandonar los marcos nacionales como ámbitos exclusivos de indagación histórica, así como también toda aspiración a escribir manuales de divulgación que historiaran ese ámbito de experiencias hasta entonces privilegiado que eran las naciones. De manera que no habría ya historia de Bélgica o de Francia sino historia de Europa; no habría estudios para el gran público sino obras para los colegas. Por cierto, esta operación, que en realidad significaba un avance

² A su modo lo reveló Fustel de Coulanges (abriendo una brecha detrás de la cual se colarían luego los pensadores reaccionarios) cuando sugirió que mientras la erudición era patriótica en Alemania no lo era en cambio en Francia, lo que además de ser un juicio de valor negativo sobre los historiadores universitarios galos, era elípticamente una exhibición de que verdad histórica profesional e interés nacional podían ser incompatibles. Véase N. D. Fustel de Coulanges, "De la manière d'écrire l'histoire en France et Allemagne depuis cinquante ans", en: F. Hartog, *Le XIXe siècle et l'histoire. Le cas Fustel de Coulanges*, París, PUF, 1988, pp. 382-392. En forma más contundente Croce había puesto en evidencia la cuestión, y a la vez aspiraba a resolverla, durante la Primera Guerra Mundial en la que su país estaba involucrado, indicando que por sobre el deber que todo intelectual tenía hacia la patria estaba el deber que tenía hacia la verdad. Véase B. Croce, *L'entrata dell'Italia in guerra e i doveri degli studiosi*, citada por A. Asor Rosa en "La cultura", en *Storia d'Italia*, Turín, Einaudi, 1975, tomo IV, vol. 2, p. 1343. Eran voces aisladas.

en la profesionalización de la disciplina, se hizo bajo el rótulo de una historia más amplia, del acercamiento a la "vida" y a los problemas del presente que los eruditos habrían desdeñado, pero pasando por alto que aquellos habían operado en forma muy sólida sobre su tiempo presente, por medio de la construcción educativa de los ciudadanos, a la que habían dedicado la mayor parte de sus esfuerzos intelectuales.

Así, por ejemplo, los historiadores de "Annales" no escribieron ni historias nacionales (salvo que se pueda considerar como tales la historia económica y social dirigida por Braudel y Labrousse) ni manuales (salvo el conocido Duby-Mandrou).³ En 1982, en una introducción a un conjunto vario de artículos, François Furet daba cuenta del hecho: la historia había empleado medio siglo en alejarse del papel de intérprete del fenómeno nacional; haciendo suyos los interrogantes de la modernidad, los historiadores preguntaban ahora por los secretos de la sociedad, no por los de la nación, aunque desde lo social se pudiera iluminar en forma indirecta los problemas nacionales.⁴ Sin duda, el ejemplo francés no es inmediatamente generalizable y aunque los nuevos historiadores ingleses se acercaban bastante a ese modelo era muy diferente la situación en los antiguos territorios del historicismo, Italia y Alemania, cuyos historiadores, tradicionales o renovadores, no habían dejado de operar sin cesar sobre el pasado para iluminar la conciencia pública del presente.

En las dos últimas décadas se han sumado nuevos interrogantes a los ideales y a los temas que parecía debían alejar al historiador de la historia nacional erudita o divulgativa. El uso cada vez más extendido, en forma alternativa, del microscopio o del telescopio parece poco funcional para una historia narrada en ese ámbito espacialmente intermedio que son las naciones. Además, los enfoques económicos y sociales ¿no descubrían en forma incesante las diferencias regionales, en características, ritmos y evoluciones, que convertían al objeto nacional en poco más que una ilusoria media estadística? Por otra parte, la multiplicidad de actores sociales que surgía al dilatarse el territorio y las perspectivas del historiador, ¿no implicaba también la fragmentación de un objeto unitario (la historia nacional), tanto en relación con el problema del punto de vista desde el cual narrar ese pasado como por la dificultad de reconducir experiencias sociales heterogéneas a un proceso único, salvo al precio de escoger una opción jerarquizadora, es decir un punto de vista y un actor que sostuvieran el eje analítico del relato?

El contexto latinoamericano (hasta donde lo conozco) y el argentino presentaban por cierto ritmos y problemáticas diferentes. Ante todo, buena parte de los manuales y de las historias generales nacionales procedieron del período de entre-

³ F. Braudel y E. Labrousse, "Histoire Economique et sociale de la France", en: G. Duby y R. Mandrou, *Historia de la civilización francesa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1966.

⁴ F. Furet, *L'atelier de l'histoire*, París, Flammarion, 1982.

guerras, durante el cual reinaban indisputadas las tradiciones eruditas que, en cambio, comenzaban a ser cuestionadas en Europa. En la Argentina, los dos modelos ejemplares fueron el manual de Ricardo Levene, que proveyó un instrumento cuyo éxito habrá que buscar tanto en la prestigiosa posición institucional del autor como en las características del libro, desde su ascética e impersonal forma narrativa hasta la manera de organizar y presentar los contenidos, y la *Historia de la nación argentina* dirigida también por aquél.⁵ Los revisionistas, por su parte, produjeron obras que sólo muy indirectamente competían con los numerosos manuales académicos destinados a los ámbitos formales de enseñanza. Su aspiración era llegar a un público más vasto e impreciso; tal vez, algo ilusoriamente, al público que compraba (aunque no siempre leía) la maciza *Historia de la Academia*. Con los años, los revisionistas que habían conseguido abundantes lectores en segmentos politizados y pertenecientes a las generaciones jóvenes, decidieron competir también en el mercado de libros que aspiraban, en forma algo ambigua, a ser tomados como textos de estudio. Sin éxito visible lo intentaron Fermín Chávez y Julio Irazusta. Otros, como Vicente Sierra y José María Rosa, buscaron por medio de Historias más voluminosas, disputar el terreno a la exitosa obra colectiva de la Academia.

Cuando a fines de los años cincuenta los nuevos historiadores se hicieron presentes con fuerza en la Argentina, no sólo se limitaron a indagar nuevos temas sino que, impelidos tal vez por el clima político y cultural de los años sesenta, buscaron competir con académicos y revisionistas por la conquista de algo así como la opinión o el sentido común histórico de lo que, a falta de rótulo mejor, podríamos denominar las clases medias argentinas. José Luis Romero escribió una *Breve Historia Argentina* y Tulio Halperin dirigió una *Historia Argentina* en ocho volúmenes. Aunque quizás hubieran podido compartir las observaciones de Furet, tal vez creyeron necesario dar la batalla al mismo tiempo en el terreno de las ideas históricas y de las formas de hacer historia, o más simplemente respondían a ambiciosas iniciativas editoriales. En efecto, muchas veces una obra de historia general es menos la iniciativa de un autor que de un editor interesado en el potencial éxito comercial o, alternativamente, en el impacto cultural potencial de una lectura del pasado vista como instrumento de combate ideológico, aspecto este último no menor en el caso argentino, al menos en las décadas pasadas. La comprobación obvia es que cualesquiera hayan sido los derroteros de la historiografía, nuestros historiadores, nuestros editores, o ambos, consideraron útil y tal vez necesario continuar produciendo lecturas de la historia argentina destinadas a un público vasto.

⁵ R. Levene (dir.), *Historia de la Nación argentina*, Buenos Aires, El Ateneo, 1936-1951.

II

En la transición democrática, después de los primeros exasperados y luego sombríos años setenta, de escasa relevancia también en la manualística, han aparecido otras historias argentinas que aspiran, como algunas de las que mencionadas antes, a dirigirse a un público más general que el de los alumnos de colegios secundarios o de los cursos preuniversitarios. En algún caso se trató de reediciones y ampliaciones de obras anteriores, como la historia que realizaron Floria y García Belsunce; en otros, de obras enteramente nuevas, como la *Historia argentina* de David Rock, un historiador inglés residente en los Estados Unidos, realizara y que es muy ilustrativa, no tanto de la historia argentina sino del estado de la historiografía estadounidense sobre la Argentina. Dos historiadores, Félix Luna y Luis Alberto Romero, y un sociólogo que siempre exhibió interés por los procesos históricos, Torcuato S. Di Tella, se han sumado en los dos últimos años y es de inminente aparición otra Historia argentina realizada por Tulio Halperin Donghi.

Félix Luna, cuyas casi tres décadas de éxitos de público no han dejado a la vez de intrigar y descorazonar a los historiadores profesionales, ha agregado un nuevo libro a su prolífica lista de títulos: una *Breve historia de los argentinos*, cuyas cinco ediciones entre 1993 y junio de 1994, prenuncian otro suceso editorial.⁶ La *Breve historia...* recorre en casi 300 páginas aspectos de la historia argentina desde el siglo XVI hasta la elección de Frondizi. La perspectiva de delimitación del objeto parece ser territorial: indagar en el pasado los acontecimientos que ocurrieron en el ámbito de lo que hoy es la nación argentina. En este sentido, se diferencia de muchas otras historias (incluso de la de Di Tella, que se analizará más adelante) que delimitan su objeto según criterios jurídicopolíticos y, por tanto, indagan ámbitos de soberanía, lo que implica pasar, espacialmente, del estudio del dominio español en Hispanoamérica en su conjunto, al del virreinato del Río de la Plata, y luego al de las Provincias Unidas. La presunción tal vez sea que la Argentina es para Luna, como decía Barrès, aunque sin las implicancias ideológicas que éste extraía, la tierra y los muertos. Ello explicaría también por qué elegir un recorte del objeto que, proponiendo “entender el país de hoy” (como lo sugiere en el prólogo), rastrea algunos episodios que ocurren en el Buenos Aires colonial o en la ciudad de La Rioja en 1680. Además, lo que esta perspectiva sugiere no es tanto que un proceso continuo conduce en forma ineluctable de entonces a ahora, sino más bien que, a la manera de Juan Agustín García —que era en esto, con propósitos más modestos, la de Taine—, esta Argentina estaba, en relación con muchos de sus problemas actuales, ya casi toda ella en aquel lejano mundo colonial.⁷ En este sentido, la com-

⁶ F. Luna, *Breve historia de los argentinos*, Buenos Aires, Planeta, 1994.

⁷ J. A. García, *La ciudad indiana*, Santa Fe, Castellví, 1954.

plicidad que busca Luna en el lector no aspira a que éste perciba todo lo que se para aquel mundo exótico del actual, sino cuán semejante era ese mundo al actual. Ello, claro está, no en un sentido tan ambicioso como el que plantean los posibles modelos indicados, ya que la Argentina no se define aquí como una entidad esencial, sino que, en modo conceptualmente más ambiguo y a la vez más concreto, ella es retratada por algunos rasgos singulares entre sí, no articulados en forma sistemática.

La narración que nos presenta Luna es, pues, menos una historia argentina que una evocación del pasado nacional en términos que puedan ser familiares para su lector. No cómo vinimos a ser lo que somos sino más bien cómo en ciertos puntos siempre fuimos lo que somos. La narración sigue un eje cronológico que no aspira a sugerir (como en la historia erudita) una causalidad singular en la sucesión temporal de acontecimientos narrados —salvo en el sentido de que algunas acciones habrían provocado otras reacciones (tales como el peronismo y la revolución libertadora)—, sino que propone, según un modelo historiográfico aún más antiguo, que acontecimientos singulares distantes entre sí en el tiempo pueden considerarse muy semejantes. Esto se parece a aquella historia ejemplar o pragmática según la cual, en los términos de Voltaire, Salamina explicaba a Lepanto, y ambos la ineluctable supremacía marítima europea. En este punto parece coincidir, sin percibirlo plenamente, el mismo Félix Luna, ya que, cuando en las conclusiones acerca de las lecciones de la historia sugiere con modestia que la historia no es *magistra vitae*, su argumentación en realidad señala que no lo es no porque no pueda serlo, sino porque las sociedades y sus dirigentes cometen demasiados errores (o sea, no aprenden de la historia) como para que lo sea, quizá porque los historiadores no son sus consejeros áulicos.

La obra de Luna es, entonces, menos una interpretación de la historia argentina que una lectura de los acontecimientos ocurridos en el pasado en el territorio de la actual Argentina, y un juicio sobre ellos. Acorde con los tiempos, el autor suscribe en los párrafos iniciales y en las conclusiones los hoy requeridos ejercicios de prudencia y modestia que el gusto historiográfico de fin de siglo reclama. Su imagen del pasado, nos dice, es una entre las varias posibles; todo historiador, agrega, hace recortes hasta cierto punto arbitrarios y selecciona o da relevancia a determinados acontecimientos en vez de a otros. Los comentarios, los juicios de valor sobre sucesos y personajes históricos parecen, muy a la manera esperable en Luna, moderados, casi diríamos (y seguramente sus lectores opinarán así y por eso seguirán adquiriendo sus libros) de buen sentido o, más aún, de sentido común. Claro está que, como Geertz nos lo ha recordado recientemente,⁸ ese sentido común en realidad, no es más que un específico sistema cultural, lo que ya había sido observado por otra parte, por

⁸ C. Geertz, *Local Knowledge. Further Essays in Interpretative Anthropology*, Nueva York, Basic Books, 1983 (hay edición en español).

esa fuente inagotable de intuiciones que era Marc Bloch, que lo había definido como un compuesto de postulados no razonados y de experiencias generalizadas.⁹

En este punto, cabría preguntarse hasta qué punto Luna va a la búsqueda de su potencial lector recogiendo cierto clima de opinión histórica, o hasta qué punto no ha sido él uno de los grandes constructores de ese clima, de esa opinión “sensata” de la historia argentina, con sus exitosas obras precedentes. De manera que el lector volvería en forma reiterada a Luna para encontrar en él esa imagen pertinente del pasado argentino que en otros libros del mismo autor aprendió a considerar tal. Y es que los libros de Luna, y la imagen de la historia en ellos presente, tienen ya algo de “clásico”; ellos son pertinazmente semejantes a sí mismos, como las clases que dictaba en los cursos introductorios de la Facultad de Derecho en el rugiente 1973, que, para desesperación de los historiadores militantes de entonces, tenían un éxito de público mucho mayor que los de éstos, y en las que se proponía una imagen no desemejante a la que surge de esta *Breve historia*. Rosas es, nos dice Luna en ella, un objeto heurísticamente agotado, la polémica es irresoluble y tiene que ver con nuestros valores: si damos prioridad a la libertad hablaremos mal de él, si privilegiamos “la soberanía como elemento articulador de la comunidad nacional”, hablaremos bien. Algo semejante ocurre con respecto al peronismo. Véase, por ejemplo, su breve retrato de Eva Perón, ejemplar tanto por el tipo de juicio como por la aproximación coloquial al objeto. “Personalmente respeto mucho a Evita; la respeto como una mujer auténtica. Pero no me gustaría que ese arquetipo se repitiera en la Argentina, porque significó un retroceso en todo sentido en la vida política del país”.

Toda lectura del pasado es o incluye juicios sobre este. Es asirismo, entre historiadores profesionales, el resultado de un consenso historiográfico mudable, no homogéneo, lo que se quiera, pero que refleja cómo tienden a creer los historiadores de una época dada que debemos aproximarnos a los problemas. En este punto, aquel Luna “clásico”, idéntico a sí mismo, no lo es sólo en la conciliación entre unitarios y federales tenazmente propuesta ya desde hace años, sino en que su horizonte historiográfico parece apoyarse en las certidumbres mayoritarias que imperaban en los años sesenta. Así, por ejemplo, su lectura del orden conservador y del radicalismo no sólo aparece articulada en torno a una oposición demasiado unilateral, derivable de la propia retórica yrigoyenista entre el “régimen” y la “causa”, sino que el estudio de este último, en el período abierto en 1916, parece prescindir en forma deliberada de problemas tales como los de la gestión del poder que el yrigoyenismo plantea —desde la significación de las intervenciones federales hasta los mecanismos de construcción del consenso— cuestiones que una abundante literatura historiográfica ha puesto a la luz en años recientes. Del mismo modo, a la hora de acercarnos a la explicación de los orígenes del peronismo reaparece con toda fuerza la antigua lectura germaniana de los migrantes internos que veinte años de historiografía han tratado de matizar. Por cier-

⁹ M. Bloch, *Introducción a la Historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1970, p. 66.

to, nada impide a Luna preferir a Del Mazo y a Germani o darnos una lectura del mundo rural bonaerense de principios del siglo XIX que, obviando debates recientes, repropona la imagen canónica esbozada por Levene; en su favor podría sugerirse que la polémica entre antiguos y modernos no necesariamente debe saldarse a favor de estos últimos. Nada salvo que ello implica dejar a su historia argentina no sólo fuera del tiempo histórico sino también del tiempo historiográfico.

No obstante, esa resistencia a las novedades que la profesión ha planteado es también resistencia a los temas que supuestamente han ampliado el territorio del historiador en las últimas décadas. El enfoque del libro de Luna es, en este sentido, excluyentemente político. Por cierto, hay en él pinceladas de vida cotidiana, pero ello ya era una especialidad en obras tradicionales, como toda aquella colección sobre la vida cotidiana en tiempos pasados, que eran de lectura común en los cursos universitarios de Historia Antigua de hace dos décadas. Con todo, el lector profesional no debería negar legitimidad a la propuesta de articular el relato en torno de un eje político aunque el tratamiento de la materia política sea realizado por Luna de una forma tradicional tal que, invirtiendo la conocida expresión de Jacques Juillard, Tucídides historiador podría ser considerado su contemporáneo. Empero, dudas razonables pueden asaltar al lector al no ver aparecer ni a la generación del 37, ni a los que hoy se gusta en llamar los sectores populares. ¿Puede una historia a la medida de fin de siglo dejar de lado no sólo la aburrida historia económica (nueva o vieja), sino la historia social (nueva o vieja) y la historia de las ideas y del imaginario?

La obra de Luna es una propuesta, como tal se define y como tal deberíamos tomarla. Sus elecciones, inclusiones y exclusiones pueden ser opinables, al igual que su imagen de la historia (que, como diría Febvre, no es la nuestra), aunque ya no creamos que toda interpretación sea igualmente pertinente, aceptable, etc., ni que la historia sea clasificable según formas retóricas —las razonadas excentricidades derivadas del llamado “giro lingüístico”, cuya asunción plena significaría la disolución de la historia como disciplina nos han vuelto más precavidos—. La retórica, con todo, puede darnos una pista para entender algunos procedimientos empleados en este libro. En años recientes Paul Ricoeur señalaba que uno de los polos posibles de definición de la retórica (el más antiguo) era el señalado por Aristóteles: la aplicación de una lógica de lo probable bajo la forma de un arte de persuadir.¹⁰ Pero éste, agregaba, como el argumento probable mismo, oscilaba entre un arte de convencer apelando a la razón o un arte de agrandar o seducir apelando a las pasiones (o sensaciones) del auditorio. Es difícil, en la opción entre estas dos formas, no incluir a Luna en la segunda y a los historiadores profesionales en la primera. Un auditorio halagado, cortejado, desde el “amigo lector” inicial hasta en las formas empleadas para describir acontecimientos que, de modo deliberado, buscan evocar un universo familiar para éste: así, no sólo la máxima proudhoniana es colocada entre comillas

¹⁰ P. Ricoeur, “Histoire et Rhétorique”, *Diogène*, núm. 168, octubre-diciembre de 1994, pp. 9-10.

en boca de los misioneros jesuitas del siglo XVIII para definir su política (“a cada cual...”), sino que Luna cree además conveniente agregar un largo parlamento imaginario en boca de estos (“en Europa ya no tenemos nada que hacer, esta civilización está corrompida por el lucro...”) que recuerda los procedimientos de la historiografía antigua, que la erudición condena desde fines del siglo XVII. Es también Sarmiento, pronunciando una frase puesta entre comillas, que nunca dijo, pero que tal vez el sentido común indica que debería haber pronunciado. Es la carta de la Hacienda de Figueroa, cuyo contenido es desmenuzado en forma apropiada para comprensión del lector y que luego Luna describe materialmente para que así, corporizada, pueda ser efectivamente percibida por éste: ella era llevada, se nos recuerda, por Quiroga cuando iba en coche al muere (valga una imagen literaria nuestra por la otra) y mancha de sangre se encuentra en el Archivo de la Nación donde el curioso lector podría encontrarla... Y esa aspiración a halagar, evocando, es quizá la razón mayor de la distancia que un modesto y atrabiliario defensor de la historia como un ejercicio profesional encuentra respecto de este libro. Se dirá que la historia es una “roman vrai”, y que sus fronteras con la literatura son necesariamente frágiles, pero se trata de afirmaciones de hace una o dos décadas que hoy los historiadores, sensatamente, creen necesario rechazar con fuerza.¹¹

Los dos tomos que Torcuato S. Di Tella ha dedicado a la historia argentina¹² se diferencian a simple vista del libro de Luna. En primer lugar, tipográficamente: desde la editorial que la produce hasta la diagramación de la tapa y del texto, que comprende la inclusión de fotografías (oscuras visualmente y cuyo significado escapa en muchos casos al lector) y breves resúmenes de contenido en la parte superior de cada página, la obra se propone otro lector imaginario: los estudiantes.

La vestimenta de esta Historia es uno de sus mayores problemas y sin duda limitará su difusión si los docentes no la recomiendan. Y esto es de lamentar, porque se trata de una obra que emplea recursos nobles y presenta en forma amena e historiográficamente actualizada una visión de conjunto de nuestro pasado. Si el contenido del libro no es lo que parece tipográficamente, tampoco su enfoque es lo que podríamos presuponer los que conocemos los trabajos históricos precedentes de Di Tella. Al contrario, su autor se deja llevar por el gusto narrativo y las tipificaciones no abundan en sus páginas, incluso en algunos casos, y de un modo que recuerda la idea de Seignobos acerca de que la historia que se habría que enseñar es la historia política, ya que sólo el hecho político contiene la dramaticidad necesaria para atraer el interés del estudiante,¹³ Di Tella se lanza a narrar *in exten-*

¹¹ Véase J. Boutier y D. Julia, *Passés recomposés. Champs et chantiers de l'histoire*, París, Editions Autrement, 1995; en especial la “Ouverture: A quoi pensent les historiens”, pp. 13-53.

¹² T. S. Di Tella, *Historia Argentina*, Buenos Aires, Troquel, 1993-1994 (2 volúmenes).

¹³ A. Gerard, “A l'origine du combat des Annales: positivisme historique et système universitaire”, en AAVV, *Au berceau des “Annales”*, Toulouse, Presses de l'Institut d'Etudes Politiques de Toulouse, 1979, pp. 79-88.

so episodios cuyo exotismo aventurero, imagino, supone que puede cautivar al lector: desde la historia de Pedro Bohorquez, o la de José Miguel Carrera, hasta las aventuras mineras del grupo en torno a Braulio Costa o las andanzas políticas de Barceló. Y no es una paradoja menor que de las tres obras analizadas, la escrita por un sociólogo sea la que más se extiende en narrar historias de acontecimientos que se supone pueden encantar al lector, al modo en que lo hacían los libros de Dumas o Salgari. Sin embargo, en el libro no se trata principalmente de eso, ni tampoco sólo de acontecimientos políticos. En el tomo segundo, por ejemplo, reciben una atención extensa y preferente algunos argumentos caros al Di Tella investigador, como el sindicalismo y el movimiento obrero. Al igual que en la indagación de otro actor social que interesa al autor: los empresarios, tampoco aquí encontramos formalizaciones sino ilustraciones de problemas y tendencias a través de la descripción de casos concretos. De igual modo, la "vida cotidiana" aparece abundantemente descrita en el primer tomo, aunque con medios diferentes de los de Luna. Aquí transcripciones de documentos tradicionales (viajeros) o no (empadronamientos, entrevistas televisivas desgrabadas) sirven como recursos imaginativos para describir situaciones o para ilustrar esas estampas del pasado — y aquí la evocación de Busaniche no es quizás innecesaria: en su forma narrativa y en algunos de sus procedimientos expositivos esta obra recuerda a la antigua pero persuasiva *Historia Argentina* de aquél—. ¹⁴

La relación con este pasado lejano es también diferente en Di Tella que en Luna. Aquí las descripciones tienden a sugerir, aunque no de manera explícita, el exotismo de aquél o al menos a despertar la curiosidad por algo que es por completo diferente y no implícitamente semejante. En cierto modo, aunque Di Tella se cuida muy bien de no usar esos términos, ello esboza un contrapunto: tradicional-moderno. Así, aunque su *Historia* es una narración cronológica de acontecimientos y no la descripción de un proceso, sugiere, si no un itinerario diacrónico, al menos una espesura temporal que no está presente en el libro de Luna.

Si el historiador ha acallado al sociólogo, éste no deja de aparecer ocasionalmente, en análisis explicativos de fenómenos específicos que apelan a conceptualizaciones ya clásicas (y quizá muy epocales) de la sociología, como las de "desorganización social". La terminología empleada combina términos provenientes de las ciencias sociales con giros cotidianos, muy utilizados por Di Tella en sus trabajos más recientes ("no era digno de José Miguel Carrera dejarse mojar la oreja de esa manera"), y esa combinación ofrece resultados algo enigmáticos para el lector potencial. Sin embargo, es sobre todo en las numerosas perspectivas comparadas propuestas, que constituyen una de las dimensiones más interesantes del libro, donde se pueden apreciar los hábitos provenientes de otras disciplinas vecinas, y muy frecuentes en la producción de Di Tella. Así, la colo-

¹⁴ J. L. Busaniche, *Historia Argentina*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1973.

nización española de las Américas es iluminada por la comparación con la del sur estadounidense, la situación de las Provincias Unidas en los años centrales del siglo XIX por la confrontación con la de Chile de los años centrales del siglo XIX, y la protesta argentina durante el onganato por su inmersión en el arco más amplio de las revueltas de los "68" europeos y estadounidenses. En muchos casos (no siempre), esas comparaciones respetan las limitaciones temporales y espaciales que los conservadores cultores de Clio creemos las únicas pertinentes (Ginzburg ciertamente excluido). En otros, más ocasionales, aparecen comparaciones más sorprendentes, como la del papel desempeñado por la *Brevísima* de Bartolomé de Las Casas con la de *Los condenados de la Tierra* de Franz Fanon. No es menos sorprendente la utilización en momentos algo insólitos de términos como "fuerzas armadas" "clases medias" o "burguesías empresarias", que definen fenómenos más recientes.

Más allá de la impresión que surge de la a veces desconcertante bibliografía citada en las notas, historiográficamente el libro tiene muy en cuenta los avances bibliográficos y de investigación más recientes, punto en el que encuentra muchas similitudes con el de Romero. La lectura del pasado argentino es, con todo, más desencantada que la de aquél, quizás porque el libro es menos tolerante hacia la tradición política e intelectual que podríamos denominar progresista que el que analizaremos luego, o quizá porque propone un relato y no una parábola del pasado argentino del cual no espera deducir (pese a la cita de Tucídides incluida en el prólogo) ninguna ley general, ni ningún diseño esencial de los argentinos o de la evolución de las sociedades. La causalidad explicativa está en este Di Tella invariablemente ligada a acontecimientos específicos y no a procesos generales.

Las novedades de estos dos excelentes tomos no conciernen sólo a su actualización con respecto a los puntos de vista hoy predominantes entre los historiadores profesionales, o a opiniones que, más allá de algunas ironías diseminadas aquí y allá, podría llamar mesuradas (si esto significara algo más que pueden resultar tales porque coinciden en muchos puntos con mis propias opiniones) y ciertamente muy poco adjetivadas. Conciernen también a algunas formas de aproximación a los problemas que predominan hoy tras la crisis de los modelos macrosociales muy articulados. Así, el enfoque en tantos puntos extraordinariamente sugestivo de la Argentina de los últimos treinta años que propone Di Tella se encuentra desprovisto de todo esquema rígido y está centrado, en cambio, en muchos de sus mejores momentos, en un dinámico y fructífero enfoque de las transformaciones políticas como resultado de coaliciones de actores sociales que se organizan y reorganizan de modo incesante.

El libro de Luis Alberto Romero, *Breve historia contemporánea de la Argentina*,¹⁵ propone desde el prefacio una reflexión que asume su carácter epocal del pasa-

¹⁵ L. A. Romero, *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1994.

do argentino. Las preguntas son, nos lo recuerda el autor, diferentes de las que se hacían hace veinte años: las respuestas también. Ello remite, claro está, a aquella historia que es siempre contemporánea como quería Croce (o a la reflexión semejante que realizaba Lucien Febvre indicando que cada generación inventaba su renacimiento).¹⁶ Pero Romero va aún más allá y nos recuerda que su libro es a la vez el resultado del trabajo de un historiador profesional y una reflexión sobre el presente, y que esa dualidad genera una necesaria tensión entre el rigor profesional y la labilidad (¿o sería preferible decir la intencionalidad?) de la opinión. Ante la revelación inicial, el lector se ve súbitamente asaltado por malos presagios acerca de lo que se dispone a leer, los que son por fortuna desmentidos por un libro que es a la vez historiográficamente inteligente y valorativamente honesto. Es posible que el autor haya aspirado a brindar una imagen más militante de la historia argentina que lo que este comentario está dispuesto a recoger; sin embargo, ello no es (por fortuna) visible. La argumentación, como en la vieja buena historia, deriva de los acontecimientos escogidos para integrar el relato, no de la adjetivación en torno de los mismos.

El libro propone abandonar toda clave de lectura excluyente, toda simplificación del tipo de las denominadas “estructurales” y toda explicación basada en lo que en un tiempo se llamaba “causa en última instancia determinante”. Algunas líneas ciertamente epocales se reiteran en forma recurrente en el relato, por ejemplo el papel del Estado visto como omnipresente y constitutivo, que no sólo domina el prefacio y el epílogo, sino que es de manera insistente puesto de relieve a lo largo de libro: desde el destacado papel económico que cumpliría en la construcción de la infraestructura y en la articulación de las reglas del juego en el período de la economía agraria exportadora hasta en la función educativa o de árbitro de los conflictos sociales de las fases sucesivas. Tal insistencia no deja de recordar aquella otra, también a la vez profesional y comprometida, de Mario Góngora quien, en pleno liberalismo económico pinochetista, decidió escribir una obra para mostrar el papel central que el Estado había cumplido en Chile desde sus orígenes.¹⁷

Si el papel articulador del Estado ocupa un lugar preeminente en el proceso histórico de la Argentina contemporánea, en la visión del autor se trata de un lugar compartido con un fenómeno que desde la sociedad forja la continuidad de la experiencia argentina, y que ya había sido señalado por José Luis Romero: el mito de la movilidad que subtendía un horizonte igualitario de la sociedad argentina. En cierto modo, el libro propone el itinerario de la construcción y crisis de una sociedad nacional articulada en la expansión de las fronteras de las ciudadanía civiles y sociales que la comparación con el presente hace quizá más apetecible que lo que los contemporá-

¹⁶ L. Febvre, *El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais*, México, UTEHA, 1959.

¹⁷ M. Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Santiago de Chile, Ed. Universitaria, 1986.

neos a ella estaban entonces dispuestos a admitir (pero la búsqueda de una edad de oro pasada ¿no es congenial a muchas generaciones de intelectuales argentinos del último medio siglo, *laudatores temporis acti?*).

Si no se privilegia ninguna dimensión del pasado y junto con el análisis económico aparecen también el social, el cultural y el político, parece, con todo, evidente que la causalidad explicativa de los cambios, cuya escansión en capítulos corresponde a la última de aquellas dimensiones, reposa también en ésta. Así, las caídas de Yrigoyen, Perón o Illia son explicadas en las formas específicamente políticas de resolución de las tensiones entre los grupos en pugna o entre éstos y la voluntad política de la figura predominante. Aunque a medida que nos acercamos a los tiempos presentes la autonomía de los líderes políticos, en cuyas decisiones había estado en buena parte la explicación del decurso histórico propuesta por Romero, deja su lugar a un predominio decisivo de instituciones, corporaciones o grupos organizados, es siempre en ese plano donde se resuelve la dinámica histórica en torno a la cual está organizada la narración.

Con un estilo elegante y comprensible el libro recorre los distintos períodos de la historiografía argentina y son decididamente felices los capítulos que, apoyados en la solidez que provee el amplio conocimiento de una historiografía muy consistente, abarcan desde el advenimiento del radicalismo (aunque con incursiones eficaces hacia el orden conservador precedente) hasta la caída del primer peronismo. Un esfuerzo sincero de ecuanimidad y de matización domina el capítulo dedicado al dramático período titulado “Dependencia o liberación, 1966-1976”.

Un libro tan apasionante como el de Romero promueve la apertura de un diálogo también interpretativo con las propuestas en él planteadas. Como es quizás inevitable, el consenso en el seno de la corporación de historiadores es mayor en algunos temas que en otros. Así, por ejemplo, su lectura de la conflictividad social y del “espontaneísmo” de la movilización de fines de los años sesenta y principios de los sesenta, ¿no adhiere quizá demasiado a una historiografía de los sectores populares que para ese período y para los posteriores puede ser vista como muy teñida de perspectivas hagiográficas? Así, ¿no aparece la lectura de las revueltas centradas en el cordobazo como muy ligada a una lectura catastrofista del conflicto social? Ella podría estar potencialmente relativizada por el panorama económico presentado por el autor, páginas más adelante y que, a partir del conocido artículo de Gerchunoff y Llach de 1975 sugiere,¹⁸ en la perspectiva de una onda larga ininterrumpida de prosperidad que va desde mediados de los años sesenta hasta el inicio de la década siguiente, las posibilidades para una lectura toquevilliana (del Tocqueville del Antiguo Régimen) según la cual la revuelta sería más hija de esa onda de prosperidad (y de la promoción de nuevos grupos socia-

¹⁸ P. Gerchunoff y J. J. Llach, “Capitalismo industrial, desarrollo asociado y distribución del ingreso entre los dos gobiernos peronistas, 1950-1972”, en: *Desarrollo Económico*, vol. 15, núm. 57.

les que ella implica) que de la marginalización social. Esta última lectura tendría la ventaja de dar una imagen menos pavloviana del comportamiento de las clases populares y más ligada a nociones como “actor” y “estrategia”.

En el conjunto de la obra, la última parte del libro, de Alfonsín a Menem, es la que inevitablemente suscitará más discusiones y en ella las prevenciones presentadas por el autor en el prefacio pueden adquirir a priori más relevancia. Sin embargo, ¿en qué medida ellas pueden reflejar menos los problemas de este libro que aquellos más inherentes en general a la ahora redescubierta “historia del tiempo presente”? Estos no sólo derivan de los inconvenientes para reunir, en ciertas áreas temáticas, buenos estudios de base en los que apoyarse, o de las dificultades para tomar distancia de un proceso respecto del cual, además de haber sido protagonista, se tiene una fuerte perspectiva previa a la investigación concreta, derivada de la propia experiencia acerca de cómo efectivamente sucedieron las cosas. ¿No se trata, además, de que difícilmente los tiempos presentes permitan ejercer con plenitud las virtudes del oficio del historiador, tanto para el uso de sus instrumentos heurísticos como para el empleo de una forma de pensamiento acostumbrada a manejarse en la perspectiva temporal más larga? Por último, la convicción de la especificidad profesional del historiador se apoya en la distinción entre pasado y presente y, como recordaba recientemente Giovanni Levi, la historia es ciertamente prospectiva, pero hacia el pasado.

Si estos son los obstáculos potenciales para el autor del libro, también lo son, y el lector ya lo habrá adivinado, para el autor de este comentario. Quizá las diferentes percepciones del primer período de la transición democrática además de estar permeadas por la falta de un consenso historiográfico consolidado en investigaciones empíricas también lo estén por la diversidad de “lugares” institucionales e intelectuales desde la cual autor y comentarista pudieron mirar contemporáneamente un mismo proceso. Con todo, quisiera proponer un argumento de reflexión no específicamente valorativo de la transición democrática sino de la concepción implícita en el bello título que preside el capítulo de la última democratización: “El impulso y su freno” que remite al título del sugerente ensayo de Carlos Real de Azúa acerca del destino del primer batllismo en el Uruguay.¹⁹ Sin embargo, aquella perspectiva del Real de 1964 (que daba cuenta tempranamente del horizonte de un clima cultural permeado por una visión progresiva de la historia que debía superar el estado de cosas existente para instaurar algún tipo de utopía social por venir), ¿en qué medida podría ser la misma en el Uruguay de treinta años después? Así, podría afirmarse de manera provocativa (sin el acuerdo de José Pedro Barrán) que aquel freno hubiera evitado arruinar decisivamente las posibilidades que la renta agropecuaria brindaría para el funcionamiento de la particular forma de *welfare state* temprano

¹⁹ C. Real de Azúa, *El impulso y su freno. Tres décadas de batllismo*, Montevideo, Banda Oriental, 1964.

que fue el caso uruguayo. No pretendo aquí sugerir una comparación entre aquel batllismo y el alfonsinismo, sino más bien proponer que esa perspectiva epocal, que Romero plantea con honestidad en el prefacio, no deja de sostener una lectura en cierta forma historicista del pasado argentino, orientada por la idea de un progreso que habría consistido en la expansión paulatina de la democracia desde niveles formales hasta niveles sociales. ¿No es sin embargo esa idea algo unilateral de la misma noción de democracia al utilizarla sólo en la forma en que —retomando la dicotomía recientemente propuesta por Norberto Bobbio—²⁰ ella ha sido patrimonio de la tradición progresista? Esa forma no sólo es más inclusiva, sino que es muy distinta de las otras percepciones que únicamente ven en la democracia un mecanismo civilizado para dirimir los conflictos políticos y posibilitar las alternancias entre dos o más perspectivas diferentes de la sociedad.

La ruptura brusca, en los últimos años, de aquel progreso social que aunque oscilante según Romero no deja de ser, en la perspectiva del siglo, incesante, alimenta el tono pesimista del prólogo y del epílogo que, sin embargo, no está exento de matizaciones derivadas de la misma concepción de un pasado construido y no dado que permiten, desde su misma feliz falta de determinismos, sugerir el carácter abierto del mismo futuro. No obstante, este futuro quizá no está sólo abierto en relación con el éxito y la perdurabilidad de las orientaciones hoy predominantes, en el sentido elípticamente sugerido en el texto —y que ya fuera propuesto por Croce respecto del fascismo—²¹ de que la actual etapa sea un paréntesis. Quizás ese futuro sea también irreconocible, a la vez a la luz del pasado añorado pero también de un presente deplorado, demasiado breve para indicar cualquier carácter de proemio de algún nuevo período histórico.

En una ocasión Juan Carlos Torre dijo que esta *Breve Historia* expresaba los resultados alcanzados por una generación de científicos sociales que era la suya. Corrigiendo levemente esa asunción, yo propondría esta otra: el libro refleja una estacación de la historiografía más que a una generación de historiadores y, en este sentido, invita a un balance más general. Junto a algunas carencias visibles en la historia de lo cotidiano, se observan extraordinarios adelantos en el campo de la historia económica, en ciertas formas de la historia social y en el nuevo tratamiento de la historia política. Sin embargo, en este último punto los cambios se orientan más hacia una renovación problemática del tratamiento de las formas racionales e ideológicas del quehacer político que hacia la recuperación de otras dimensiones más opacas de la historia política, como las derivadas de las aproximaciones de la historia cultural o de la antropología política. Con todo, uno no puede menos que congratularse de la modernización y profesionalización de la historio-

²⁰ N. Bobbio, *Destra e Sinistra. Ragioni e Significati di una distinzione politica*, Roma, Donzelli, 1994.

²¹ B. Croce, *Per la nuova vita dell'Italia. Scritti e discorsi, 1943-44*, Nápoles, Ricciardi, 1944.

grafía argentina de la última década que este libro refleja. El progreso en la historia podrá ser discutible, lo es menos en la historiografía.

El libro es el producto del talento del historiador que lo escribe, pero quiero creer que muchas de las virtudes expuestas en la *Breve Historia...* no son sólo individuales sino saberes adquiridos por una profesión. En este sentido, sostiene muy ventajosamente cualquier comparación con las historias de épocas precedentes, incluidas las de los dorados sesenta, por la forma más sofisticada, conceptual y técnicamente con que aquí son tratados muchos temas. En un contexto más general en relación con tantas otras obras de aquellos años, como no preferir también (en un sentido historiográfico) la voluntad de ecuanimidad (o de toma de distancia del objeto) que domina este trabajo (y también los dos precedentes) y que constituye un importante legado para las nuevas generaciones a las que está dirigido el libro y que hacen olvidar al lector los propósitos de educación cívica (y que en otra época hubiésemos denominado pragmáticos) enunciados el prólogo. Lo que la lectura de este magnífico trabajo me sugiere es que quizás haya llegado la hora de hacer una reverencia respetuosa de despedida de los años sesenta, cuyo tono medio no puede inferirse sólo a través del papel de algunas figuras excepcionales, y volcar en cambio un reconocimiento mayor a una historiografía presente, menos evanescente pero en muchos terrenos más sólida. Esta tarea se vuelve más necesaria cuando sordos ruidos procedentes de flamboyantes disciplinas vecinas, no sólo mucho menos eruditas sino también menos sistemáticas, quieren ver en esa profesionalización, en la rutinización que ella implica, una señal de la debilidad actual de los historiadores.

III

Estas tres historias de la Argentina no sólo proponen lecturas diversas sino también una diferente percepción de la relación pasado-presente y una imagen distinta de la profesión. Con todo, pueden señalarse algunas dimensiones comunes derivadas de las características del objeto en estudio. En primer lugar, todas ellas atribuyen un papel articulador del relato a la dimensión política (si bien entendida de modo diferente por cada uno). Esto es quizás inevitable. Como lo subrayó con perspicacia hace unos años Rosario Romeo,²² en polémica con los microhistoriadores sociales, una historia nacional sólo puede ser pensada unitariamente desde el Estado y sus elites. Las otras perspectivas, agregaba el historiador de Cavour, son historias de partes o fragmentarias y no nacionales. La observación podía ir más allá de lo temático. En efecto, como decíamos al comienzo, ¿cómo reconducir al, a la vez demasiado estre-

²² R. Romeo, *L'Italia Unita e la Prima Guerra Mondiale*, Bari, Laterza, 1978.

cho y demasiado vasto, ámbito nacional, las experiencias tan diversificadas de actores sociales que sólo impostaciones ideológicas muy antiguas permitían imaginar como homogéneos? Lo mismo podría observarse en torno de otros registros de la vida histórica. Como alguna vez señaló Norbert Elías,²³ es sólo la relación con una específica forma de Estado y con las políticas públicas específicas derivadas de él, la que construye rasgos comunes identificables en la masa heterogénea de los habitantes de una entidad política nacional.

En segundo lugar, en un rasgo ciertamente de época, las tres historias se relacionan de manera desapasionada con ese pasado que narran, y esto es el resultado de la madurez de una historiografía que ha llegado finalmente (como sugería hace poco Tulio Halperin)²⁴ a un estado de normalidad, o de escepticismo finisecular, tanto acerca de las utopías sociales como del papel que habrá de desempeñar en ellas el conocimiento de la historia. ¿O de ambas?

Por último, aunque la dicotomía inicial entre conocimiento histórico y uso pedagógico de la historia esté en concreto muy bien resuelta, esta cuestión no debe dejar de plantearse a los tres historiadores analizados. El problema, en los términos muy perspicaces y a mi juicio también ligeramente autocríticos, lo proponía hace poco tiempo Eric Hobsbawn²⁵ como el dilema del historiador entre la cuestión de la identidad y la cuestión de la universalidad. En sus palabras, una historia destinada a los judíos, a los griegos, a las mujeres, a los proletarios, a los homosexuales no podrá ser una buena historia aun cuando ella sea capaz de reconfortar a quienes la practiquen, ya que no hay colectividad humana que no forme parte de un mundo más vasto. Esta observación pone en entredicho a la historia como memoria a celebrar, conmemorar o implantar en un cuerpo social. Al hacerlo, quita a los historiadores comprometidos el justificativo sucedáneo que habían encontrado para reemplazar el viejo papel demiúrgico de develadores de un proceso objetivo que, al ser desentrañado, permitía reconstruir los lazos que unen presente, pasado y porvenir. Si la historia no es ya el desentrañar leyes generales ni debe ser tampoco la conmemoración o la difusión de ciertos valores en una comunidad nacional, ¿qué queda para ella? ¿Acaso el escrupuloso ejercicio de la profesión y la crítica escéptica del anacronismo y de las mitologías justificatorias que el mismo Hobsbawn sugiere? ¿Pero cómo destruir desde una historia nacional las mitologías culturales o ideológicas que sustentan a un cuerpo social o a grupos dentro del cuerpo social? ¿No es ello una contradicción en sus términos?

²³ N. Elías, *I tedeschi. Lotte di potere ed evoluzione dei costumi nei secoli XIX e XX*, Bologna, Il Mulino, 1991.

²⁴ T. Halperin Donghi, "De historia, itinerarios y perspectivas", entrevista a T. Halperin Donghi por M. Da Orden y J. Melon, en: *Cuadernos del CLAEH*, núm. 69, 1994, pp. 11-27.

²⁵ E. Hobsbawn, "L'historien entre la quête d'universalité et la quête d'identité", *Diogenes*, núm. 168, octubre-diciembre de 1994, pp. 52-66.

Mientras buscamos el modo de reconstruir la disciplina como una forma de conocimiento que, en términos recientes de Chartier,²⁶ pueda tenerse por válido y cierto del pasado, lo que tenemos es sólo aquella erudición y aquel ejercicio implacable de la razón crítica. Muchos dirán que tal vez sea demasiado poco. Los autores de estas tres historias argentinas, o algunos de entre ellos, han querido pedirle algo más a la profesión. ¿Debemos reprochárselo?

²⁶ R. Chartier, "Faire de l'histoire vingt ans après", *Le Monde*, 24 de febrero de 1995.